

EL APRENDIZAJE DEL IDIOMA NÁHUATL ENTRE LOS FRANCISCANOS Y LOS JESUITAS EN LA NUEVA ESPAÑA

FEDERICO BEALS NAGEL BIELICKE

Para profundizar en la obra lingüística del mexicano o náhuatl realizada por los frailes franciscanos y los padres jesuitas en el siglo dieciséis y primera mitad del diecisiete, hasta la muerte de Horacio Carocho, es necesario ubicar a los principales *nahuatlahtohqueh* —hablantes de náhuatl— de estas órdenes en el lugar y momento en que vivieron. Para ello, hay que evaluar cómo adquirieron una lengua vernácula americana y su conocimiento de ella. Y se debe explorar la forma en que influyó su comunicación con los indígenas y su trabajo evangelizador con relación al aprendizaje del idioma.

Primero se presenta la labor catequística de los franciscanos que se inició en 1523 observando la región a donde llegaron y la importancia de la comunicación oral, por ende la lengua, para su labor evangelizadora y educativa. En segundo lugar, medio siglo después, el equipo de hablantes de náhuatl que reunieron los jesuitas. Se trata de destacar cómo la organización interna de las órdenes y el momento en que éstas llegaron a la Nueva España cambiaron la forma de aprender y de usar los idiomas nativos.

LA ORDEN DE LOS FRAILES MENORES

El arribo de los primeros franciscanos a la Nueva España

La Nueva España que encontraron los franciscanos al llegar fue muy distinta a la que conocieron los jesuitas casi cincuenta años después. La guerra aún se extendía por Mesoamérica y además, comenzaba ya el desplome de la población.

Los doce franciscanos guiados por su custodio, Martín de Valencia (c1474-1534), llegaron a la ciudad de México en junio de 1524, agotados por la caminata de un mes en que recorrieron 400 kilómetros desde San Juan de Ulúa, tras un largo viaje de tres meses por mar (Motolinía 1541, 1979, 13, 125-126; Mendieta 1596, 1980, 210). Después de descansar y orar, emprendieron la organización de su custodia. Encontraron a cinco hermanos —dos de las islas que menciona el cronista Jerónimo de Mendieta (1528-1604) sin dar sus nombres y tres de las Tierras Bajas, Juan de Tecto (?-1525), Juan de Aora (?-1525) y Pedro de Gate (c1480-1572)— y juntos decidieron fundar, como fase inicial, cuatro monasterios en ciudades importantes: dos en la cuenca de México —Tetzoco y México— y dos en el valle de Tlaxcala-Puebla —Huejotzingo y Tlaxcala (Motolinía 1541, 1979, 78, 115-116, 126; Mendieta 1596, 1980, 248).

La región central, primera que se evangelizó y donde vivía la mayoría de la gente, tiene algo más de cien mil kilómetros cuadrados de superficie con elevaciones de mil a dos mil quinientos metros sobre el nivel del mar pero también contiene altas cadenas montañosas que fragmentan la región en valles con profundas barrancas, donde corren los ríos y sobresalen muchos de los volcanes que tiene la República mexicana con más de cuatro mil metros de altura.

Fray Toribio de Benavente, Motolinía (c1482-1569), uno de los doce, describe lo accidentado del territorio y las penas que sufrieron los frailes al catequizar porque:

los unos pueblos están en lo alto de los montes, otros están en lo profundo de valles, y por esto los frailes es menester que suban a las nubes, que por ser tan altos los montes, están siempre llenos de nubes, y otras veces tienen de abajar a los abismos, y como la tierra es muy doblada, y con la humedad por muchas partes llena de lodo y resbaladeros aparejados para caer, no pueden los pobres frailes hacer estos caminos sin padecer en ellos grandísimos trabajos y fatigas (Motolinía 1541, 1779, 160).

La población indígena de esta región era, tal vez, de unos once millones en el momento del contacto pero para 1532 ya había disminuido por las guerras y primeras plagas hasta ocho millones. Los españoles habían traído, sin advertirlo, enfermedades contra las cuales la población nativa no tenía inmunidad (Borah y Cook 1963, 73, 78-79, 157; Cook y Borah 1960, 49; Sanders, Parsons and Santley 1979, 184, 218).

Pero los frailes destinados a la conversión inicial del Nuevo Mundo eran insuficientes. Hernán Cortés (c1485-1547) en su carta a Carlos V escribe hacia octubre de 1524:

hasta ahora han venido muy pocos, o casi ningunos, y es cierto que harían grandísimo fruto, lo torno a traer a la memoria a vuestra alteza y le suplico lo mande proveer con toda brevedad, porque de ellos Dios Nuestro Señor será muy servido y se cumplirá el deseo que vuestra alteza en este caso, como católico, tiene (Cortés 1524, 1960, 170).

En 1525, llegó, como decía Jerónimo de Mendieta, otra “barcada” de frailes y algunos más, posteriormente. En 1528 arribó el obispo electo, Juan de Zumárraga (obispo de México 1533-1547, arzobispo de México 1547-1548), a la ciudad de México con sus dos compañeros —Juan de Alameda (?-1570) y Andrés de Olmos (c1491-1570)— quien es de particular interés en este trabajo (Mendieta 1596, 1980, 663). Al siguiente año llegó un grupo numeroso de diecinueve frailes, entre los que estaba Bernardino de Sahagún (c1499-1590) figura clave en el estudio de la etnohistoria y la lengua de los aztecas (Mendieta 1596, 1980, 663).

El número de frailes continuó creciendo. Otras órdenes comenzaron a llegar como los dominicos en 1526; no obstante, el número de religiosos apenas ascendió a ochenta al arribo de los agustinos en 1533. (Motolinía 1541, 1979, 85; Mendieta 1596, 1980, 249; Monterrosa 1974, 250, 258).

Motolinía da una idea escueta del trabajo de estos primeros frailes:

un solo sacerdote había de bautizar, confesar, desposar y velar, y enterrar, y predicar, y rezar, y decir misa, deprender la lengua, enseñar la doctrina cristiana a los niños, y a leer y cantar (Motolinía 1541, 1979, 87).

Mendieta abunda en este sentido:

contar la gente por la mañana, y luego predicarles, y después cantar la misa, y tras esto bautizar los niños, y confesar los enfermos (aunque fuesen muchos), y enterrar si había algún difunto. Y esto duró por más de treinta o cuasi cuarenta años; y el día de hoy en algunas partes se hace (Mendieta 1596, 1980, 249).

En esta cita no menciona el aprendizaje de los idiomas de la gente, información que sí agrega en otras partes de su libro como se verá adelante.

*La importancia de las lenguas indígenas
y cómo las aprendieron los primeros frailes*

Fue fundamental que los frailes conocieran el idioma de los nativos para poder comunicarse con ellos y así poder evangelizarlos. Por eso trataron de aprender de inmediato el náhuatl que funcionaba como lengua común (Motolinía 1541, 1979, 186; Heath 1972, 1986, 49...), pero cuando llegaron había poca gente que pudiera enseñarles y tuvieron que captarla escuchando y tratando de hablar con los niños. El comunicarse fue la primera habilidad que necesitaron y, algunos de ellos, mostraron un don para aprender idiomas, al poco tiempo

que los frailes vinieron a esta tierra, dentro de medio año comenzaron a predicar, a las veces por intérprete y otras por escrito; pero después que comenzaron a hablar la lengua predicaban muy a menudo los domingos y fiestas, y muchas veces entre semana (Motolinía 1541, 1979, 131).

Pero los frailes pronto se dieron cuenta que para enseñar a los nativos la nueva religión con sus complejos conceptos, tendrían que tener no sólo la habilidad de comunicarse sino también un conocimiento más profundo de la lengua, y por eso: "los religiosos no se atrevieron a predicar en la lengua de los indios hasta perfeccionarse en ella" (Mendieta 1586, 1980, 225).

¿Y cómo iban los franciscanos a aprender un idioma nativo sin maestros y con pocos hablantes bilingües? Apenas cinco años antes, cuando llegó Cortés a Veracruz con su ejército, tuvo la suerte de contar, por casualidad, con intérpretes. Al tocar la costa de Yucatán, en 1519, rescató a un náufrago, Jerónimo de Aguilar (c1489-c1531), que había vivido seis años entre los mayas y ya hablaba su lengua. Esto lo supo Cortés gracias a Melchor, un intérprete recogido en un viaje de exploración anterior, que sabía maya y algo de castellano (Martínez 1990 1 53; Heath 1972, 1986, 28-29). Más adelante, en Tabasco, le obsequiaron al conquistador algunas mujeres, entre ellas una, después conocida como Marina y hoy como La Malinche (?-c1527), que sabía náhuatl porque era originaria de una región donde se hablaba esta

lengua, y después había aprendido maya. En este sentido escribe el soldado Bernal Díaz del Castillo (1496-1584):

doña Marina sabía la lengua de Guazacualco, que es la propia de México, y sabía la de Tabasco, como Jerónimo Aguilar sabía la de Yucatán y Tabasco, que es toda una; entendíanse bien, y Aguilar lo declaraba en castellano a Cortés; fue gran principio para nuestra conquista, y [. . .] He querido declarar esto porque, sin ir doña Marina, no podíamos entender la lengua de la Nueva España y México (Díaz del Castillo 1568, 1960, 57).

Con rapidez Marina aprendió español y así desplazó a Aguilar de la cadena de intérpretes y se convirtió en piedra angular del proceso de la conquista.

Pero describamos este lento proceso de asimilación lingüística por parte de los frailes. Los primeros pasos se tomaron al llegar los tres franciscanos en 1523. Pedro de Gante y sus compañeros, según Mendieta, fundaron una escuela en Tetzcoco, en donde "comenzaron a ocuparse, y en coger algunos vocablos de la lengua mexicana" (Mendieta 1596, 1980, 215).

Mendieta también da una visión romántica acerca de cómo los frailes trataron de aprender el náhuatl a través de los niños, porque los adultos apenas les dirigían la palabra debido al respeto que les tenían:

dejando a ratos la gravedad de sus personas se ponían a jugar con ellos con pajuelas o pedrezuelas el rato que les daban de huelga, para quitarles el empacho con la comunicación. Y traían siempre papel y tinta en las manos, y oyendo el vocablo al indio, escribíanlo, y al propósito que lo dijo. Y a la tarde juntábanse los religiosos y comunicaban los unos a los otros sus escritos, y lo mejor que podían conformaban a aquellos vocablos el romance que les parecía más convenir. Y acontecía que lo que hoy les parecía habían entendido, mañana les parecía no ser así (Mendieta 1596, 1980, 219-220).

Con seguridad ésta no fue la forma empleada para aprender. Mendieta describe, posteriormente, otro método más factible:

algunos de los niños mayorcillos les vinieron a entender bien lo que decían; y como vieron el deseo que los frailes tenían de deprender su lengua, no sólo les enmendaban lo que erraban, más también les hacían muchas preguntas, que fue sumo contento para ellos (Mendieta 1596, 1980, 220).

Alonso de Molina (c1515-1585), quien llegó de pocos años a la Nueva España, fue figura clave en este proceso de aprendizaje porque aprendió náhuatl jugando con los niños indígenas consiguiendo ser al poco tiempo bilingüe.

Molina vivió desde muy pequeño con los frailes y dedicó toda su vida al estudio del idioma mexicano, incluso llegó a ser el fraile quien vio más libros suyos impresos en la Nueva España del siglo dieciséis (Mendieta 1596, 1980, 220, 551, 685; García Icazbalceta 1886, 1981, 289-290).

Muchos de los franciscanos llegaron a hablar el náhuatl y algunos de ellos pudieron comunicarse en otras lenguas como Olmos que hablaba náhuatl, totonaco, tepehua y huasteco (Mendieta 1596, 1980, 550, 645, 651).

Algunos de los frailes que ya sabían náhuatl empezaron a preparar herramientas para facilitar el trabajo de la siguiente generación con respecto al aprendizaje de este idioma. Las gramáticas y diccionarios que se publicaron tuvieron como finalidad allanar el camino para los evangelizadores pero no se planearon para los indígenas.

Si se toman en cuenta los reportes de Mendieta y los testimonios de varias personas que aparecen en la defensa de fray Juan de Zumárraga ante los cargos de Nuño Beltrán de Guzmán, la gramática mexicana más antigua de la cual no contamos con ningún ejemplar estaba escrita y en uso, ocho años después del arribo de los franciscanos (Mendieta 1596, 1980, 225, 550, 661, 675; Hernández de León-Portilla 1988, 11, 12). Lo cual es muy probable, ya que deben haber tratado de identificar desde el principio los conceptos gramaticales del idioma que aprendían.

La *Gramática* de Olmos, la primera que se conoce, tiene fecha de 1547; sin embargo, la primera gramática del náhuatl que se imprimió fue la de Molina, *Arte de la lengua mexicana y castellana*, en 1571, con una segunda edición en 1576. La cercanía de las ediciones evidencia la demanda por un libro de esa índole.

Por otra parte no se conoce la fecha del vocabulario de náhuatl que está incluido en uno de los manuscritos de la *Gramática* de Olmos, pero bien puede ser el más antiguo del que se tiene noticia. Por fin, en 1555 se publicó el primer *Diccionario* de Molina. Él siguió trabajando, amplió la sección castellano-náhuatl y agregó la de náhuatl-castellano, para sacar una nueva edición en 1571 que se sigue reimprimiendo hasta nuestros días (García Icazbalceta 1886, 1981, 121, 246).

No hubo otro intento serio, durante la época novohispana, de compilar un vocabulario, pero Bernardino de Sahagún ha dejado un verdadero tesoro de palabras y ejemplos de sintaxis en su *Códice florentino* (c1577), como el mismo autor hace resaltar en los títulos de algunos de sus libros:

Libro sexto, de la Rhetórica, y philosophia moral, y theología: de la gente mexicana: donde ay cosas muy curiosas tocantes a los primores de su lengua; y cosas muy delicadas tocantes, a las virtudes morales (*Códice florentino* 2 1577, 1979, f1).

Libro undécimo que es Bosque, jardín, vergel de lengua Mexicana (*Códice florentino* 3 1577, 1979, f152).

En estas citas se ven claramente las preocupaciones de fray Bernardino, tanto en relación con el idioma como con la cultura nahuas.

Miguel León-Portilla opina que Sahagún sin duda ayudó a Molina con su *Diccionario* y, cuando finalmente estuvo listo le pidieron su parecer para sacar a la luz la primera edición (García Icazbalceta 1886, 1981, 122; León-Portilla 1970, xxx-xxxi). Con relación a esto se podría pensar que fue un trabajo de equipo y de ayuda mutua, aunque sólo haya aparecido con el nombre de Molina.

Por su parte, el jesuita Juan de Tovar dio su parecer para la publicación de la segunda edición de la *Gramática* de Molina, cuando tenía poco de haber ingresado a la Compañía de Jesús (García Icazbalceta 1886, 1981, 275).

A pesar de los esfuerzos para facilitar el trabajo del aprendizaje de la lengua, es probable que la mayoría de los frailes no tuviera un conocimiento sistemático de las lenguas nativas, eso fue lo que popularizó los confesionarios, doctrinas, catecismos y libros de sermones. Estas obras se publicaron antes que las gramáticas y vocabularios. El más antiguo al que se alude es una *Doctrina Cristiana* que fue ordenada por Juan de Zumárraga y fue el primer libro impreso en la Nueva España (1539) (García Icazbalceta 1886, 1981, 57; Hernández de León-Portilla 1 1988, 4).

El sistema educativo que establecieron los franciscanos en la Nueva España

Tan pronto como llegaron los primeros franciscanos a la Nueva España, empezaron a fundar escuelas para los hijos de la nobleza indígena: quizá la más famosa fue la de Tlatelolco.

Cuando los tres franciscanos flamencos —Juan de Tecto, Juan de Aora y Pedro de Gante— llegaron a la Nueva España en 1523 encontraron que Tenochtitlan estaba totalmente destruida. Se planeaban entonces los primeros pasos para su reconstrucción; por ello, centraron su trabajo en Tetzcoco donde fundaron una escuela y empezaron a enseñar a los niños de los nobles algo de español y catecismo (O’Gorman 1969, 1979, xxiii, 86, 115; Kobayashi 1974, 1985, 167).

Las escuelas, por lo tanto, sirvieron como lugares de confluencia donde por igual los niños indígenas aprendían la nueva religión y los frailes, a su vez, también algo de náhuatl. A los *pipiltin*, nobles, quienes eran educados en los calmecac en la época prehispánica, se les instó a que mandasen a sus hijos a las primeras escuelas; no obstante, hubo muchos nobles que se negaron a ello, como lo manifiesta Mendieta:

muchos de ellos (o por ventura la mayor parte) más por cumplimiento que de gana. Y esto se vio bien claro, porque algunos no sabiendo en lo que había de parar el negocio, en lugar de traer a sus hijos, trajeron otros mozuelos hijos de sus criados o vasallos. Y quiso Dios que queriendo engañar, quedaron ellos engañados y burlados; porque aquellos hijos de gente plebeya siendo allí doctrinados en la ley de Dios y en saber leer y escribir, salieron hombres hábiles, y vinieron después a ser alcaldes y gobernadores, y mandar a sus señores (Mendieta 1596, 1980, 217).

Ahora bien, la realidad existente en ese momento, obligó a que muchos de los señores indígenas tuvieron que aprender el castellano para comunicarse con los encomenderos. La gran mayoría de los indígenas siguieron, sin embargo, monolingües. También gran parte de los españoles no aprendieron ningún idioma indígena. Por eso las escuelas fueron abiertas para crear una clase de intermediarios bilingües entre españoles e indígenas que intervinieron en la tarea catequística, mientras que los frailes tuvieron que conocer ambos idiomas como mediadores entre los nativos y Dios.

Molina, al parecer, instruyó en el náhuatl a Olmos y a Sahagún. Al poco tiempo fueron enviados a distintas regiones pero es verosímil que los tres —aunque las fuentes no mencionan aquí a Molina— coincidieron otra vez cuando se fundó en enero de 1536 el Colegio Imperial de Santa Cruz de Tlatelolco para la instrucción de niños indígenas nobles en latín y para el estudio de la lengua y cultura nahuas (Motolinía 1541, 1979, 170-171; O’Gorman 1969, 1979, 147; Kobavashi 1974, 1985, 207).

Una vez más, por 1540, los tres franciscanos se separan; Olmos va a Hueytlalpan, Sahagún al valle de Tlaxcala-Puebla y Molina se queda en Tlatelolco o en San Francisco el grande en la ciudad de México (Hernández de León-Portilla 1 1988, 9-11).

Poco después, Olmos, aún en Hueytlalpan, termina su *Gramática* del náhuatl y luego pasa a la Huasteca donde estudia el totonaco, tepchua y huasteco antes de fallecer en Tampico. Con seguridad Sahagún y Molina conocieron el *Arte* de Olmos.

Durante este periodo al parecer no se hizo ningún esfuerzo por crear una escuela en donde se enseñaran las lenguas nativas a los frailes que llegaban de España. A pesar de eso, Tlatelolco sirvió como un importante centro de enseñanza lingüística y cultural. Se puede suponer que la mayoría de los frailes no tenía un conocimiento profundo del idioma y difícilmente podía predicar en náhuatl. Con relación a esto es importante el comentario de Mendieta acerca de la situación en la Nueva España cuando él llegó en 1554 (Mendieta 1580, 1596, 598):

yo que escribo esto llegué a tiempo que aún no había suficiencia de frailes predicadores en las lenguas de los indios, y predicábamos por intérpretes. Y entre otros me acaeció tener uno que me ayudaba en cierta lengua bárbara. Y habiendo yo predicado a los mexicanos en la suya (que es la más general) entraba él vestido con su roquete o sobrepelliz, y predicaba a los bárbaros en su lengua lo que yo a los otros había dicho, con tanta autoridad, energía, exclamaciones y espíritu. que a mí me ponía harta envidia de la gracia que Dios le había comunicado. Tanta fue la ayuda que estos intérpretes dieron, que ellos llevaron la voz y sonido de la palabra de Dios, no sólo en las provincias adonde hay monasterios y en la tierra que de ellos se predica y visita, más a todos los fines de esta Nueva España (Mendieta 1596, 1980, 226).

Es interesante notar que había surgido una clase de intérpretes entre los nativos que servirían a los frailes como intermediarios entre la gente y la iglesia, pero a quienes no se les permitió, oficialmente, formar parte del clero (Mendieta 1596, 1980, 444, 448; Ricard 1933, 1986, 347).

Estos han sido algunos de los primeros pasos que tomaron los franciscanos con relación al uso del mexicano; pero fue otra la trayectoria que siguieron los jesuitas.

LA COMPAÑÍA DE JESÚS

Los jesuitas llegan a la Nueva España

Cuando llegaron los jesuitas a la Nueva España iniciaron la fundación de su noviciado y escuelas para niños españoles. Posteriormente, cuando ya tenían un grupo de hablantes de lenguas indígenas, crearon un colegio para el estudio de éstas, y una escuela para niños nobles indígenas.

Los reyes de España —Carlos I y Felipe II— no habían permitido a la recién fundada orden —en 1540 por la bula de Pablo III *Regimini militante ecclesiae* (Elton 1963, 1979, 238)— su presencia en América, a pesar de varias gestiones en las que se solicitaban a sus padres como educadores. Al fin en septiembre de 1572 cede Felipe II y llegan los primeros quince jesuitas a la ciudad de México guiados por el padre provincial Pedro Sánchez (1526-1609) (Alegre 1967, 1956, 110, 114).

Su primer trabajo fue, por una parte, conseguir recursos económicos, y, por otra, permiso del virrey para una escuela y para formar un grupo de novicios. Después de un año de su arribo se obtuvieron las tres cosas.

Gaspar de Villerías (c1562-?), el segundo cronista de los jesuitas de la Nueva España, cuenta cómo los mejores predicadores —Pedro Sánchez, Diego López Fonseca (1531-1576) y Pedro Díaz (c1546-1619)— iban a diversas iglesias para conseguir apoyo político y económico. El resultado fue que

por medio, pues, de sus sermones y de los demás padres, movió la Divina Majestad a algunos eclesiásticos de conocidas partes y talentos bien a propósito para servirse de ellos en nuestra Compañía para el bien de los indios, los cuales, por haber sido los primeros que en esta tierra Dios trajo a nuestra religión, me ha parecido nombrar aquí para perpetua memoria (Villerías 1602, 1945, 21-22).

Alonso Fernández (1525-1587), Bartolomé Saldaña (c1515-1581) y Juan de Tovar (c1541-1626), todos ellos hablantes de náhuatl fueron los primeros en incorporarse a la compañía de Jesús en 1573; ya eran sacerdotes y los primeros dos, hombres maduros. Además de éstos los jesuitas seleccionaron a ocho alumnos de entre los candidatos que tenían, uno de los cuales es de especial interés para este estudio, Antonio del Rincón (1555-1601), quien era *nahuatlahtoh*. Otro hablante de

mexicano fue Cristóbal de Cabrera (1553-1590) (Villerías 1602, 1945, 21-22, 110-111; Pérez de Rivas 1 1655, 1896, 59-60; Florencia 1694, 141-144; Alegre 1 1767, 1956, 135, 136; Zambrano 1 1961, 220-222, 12 1973, 490, 14 1975, 234).

Objetivo fundamental para la Compañía de Jesús, fue el que los novicios hablaran idiomas nativos como recalca Alegre al referirse a la incorporación de Bartolomé Saldaña, en la orden:

aunque muy avanzado en edad, que cuasi llegaba a los sesenta, fue recibido por lo mucho que podía servir a los indios, no habiendo aún entre nuestros misioneros alguno que hubiese tenido lugar para aprender su idioma (Alegre 1 1767, 1956, 135).

Y lo mismo sucedió al año siguiente con otros, entre los cuales es importante mencionar a Hernán Gómez (1541-1610) por su conocimiento de las lenguas mexicana, otomí y mazahua (Zambrano 7 1967, 261-262).

La mayoría de este grupo terminaba su noviciado cuando hubo una epidemia especialmente severa —*cocoliztli* y *matlazahuatl*— en 1576 y los siguientes años (Gerhard 1972, 1986, 23). Los jesuitas, al igual que las otras órdenes, tenían que suministrar tanto alimentos y medicamentos como ayuda espiritual al pueblo, y al irse ordenando de sacerdotes los antiguos novicios también tuvieron que escuchar confesiones en las lenguas nativas (Florencia 1694, 252-256; Alegre 1 1767, 1956, 184-185; Zambrano 1 1961, 221, 12 1973, 491, 14 1975, 244).

Hubo varios hechos importantes con relación a este periodo. El primero fue que los jesuitas llegaron con diferentes metas y una organización distinta a la de los franciscanos; fundaron escuelas para los españoles y se sirvieron del auxilio de un grupo de hablantes bilingües nativos; lo cual no fue posible para los franciscanos porque había muy pocos bilingües cincuenta años antes.

En la segunda mitad del siglo dieciséis, la situación en la Nueva España también era muy distinta, ya que la población había continuado decayendo. En el área central, de 8 000 000 en 1532 a 1 700 000 en 1568 y se precipitó otra vez entre 1576 y 1577 por la peste que hubo poco después de la llegada de los jesuitas para estabilizarse en alrededor de un millón por 1620 cuando, al fin empezó a crecer (Borah and Cook 1963, 75; Cook and Borah 1960, 40; Gerhard 1972, 1986, 24). Además había otras órdenes más que ya se habían establecido; en total, alrededor de unos cuatrocientos sacerdotes en la región central.

El hecho de que ellos empezaron inmediatamente con un noviciado bien organizado les dio importantes ventajas. En realidad las órdenes aún no estaban seguras acerca de lo que debían hacer con relación al clero nativo. Esta será una observación constante de Robert Ricard en su libro acerca de la evangelización antes de los jesuitas (Ricard 1933, 1986, 347...).

La situación política en la Nueva España se había normalizado. El cuarto virrey, Martín Enríquez de Almansa (1568-1580), y el tercer arzobispo, Pedro Moya de Contreras (1574-1589), gobernaban con poco temor de perturbaciones aunque las tribus chichimecas al norte de la región central continuaban con frecuentes rebeliones. Entre tanto, México rápidamente se volvía la ciudad más bella y grande de la Nueva España.

Los jesuitas continúan fundando escuelas para los niños españoles ya que había mucha demanda. Mientras, poco a poco, preparaban su equipo de hablantes nativos, y ya en 1579 están listos para dar el siguiente paso. En ese año se les autorizó a trabajar en Huixquilucan para estudiar otomí. Esto les dio una valiosa experiencia con un idioma diferente al náhuatl. Pero su obra allí fue sólo un primer paso, pues ellos buscaban evangelizar otras regiones, y de nuevo el arzobispo Moya de Contreras los auxilió, permitiendo que se establecieran en Tepetztlán que tenía hablantes del mexicano y otomí.

Allí fundaron el colegio de Tepetztlán con Juan Díaz (1544-1586) como rector, Hernán Gómez como maestro de otomí y Juan de Tovar para el náhuatl en octubre de 1580. Es importante hacer notar que se planeó el colegio como escuela de idiomas para los sacerdotes de la orden (Villerías 1602, 1945, 57; Alegre 1 1767, 1956, 265; Zambrano 1 1961, 317, 416, 7 1967, 265, 14 1975, 242, 251).

Cinco años después mudaron el noviciado allá. Es significativo que, para terminarlo con éxito, los candidatos tenían que aprender una lengua vernácula. En 1591 el noviciado fue transferido al colegio de Puebla y de allí lo regresaron a Tepetztlán en 1606 donde permaneció hasta la expulsión de los jesuitas en 1767 (Alegre 1 1767, 1956, 318).

Cuando los jesuitas comenzaron a trabajar en Huixquilucan, planeaban el colegio del Espíritu Santo en Puebla de los Ángeles. Los pasos finales de la organización fueron encargados a Rincón quien se trasladó allá en 1580 para fundar el colegio y para ser el maestro de latín. Él también predicaba en náhuatl y generalmente ayudaba a los indios de la región (Alegre 1 1767, 1956, 271-278; Zambrano 12 1973, 492).

Poco después, en 1586, los jesuitas fundaron su primer escuela para hijos de indígenas en la ciudad de México, el Colegio de San Gregorio y segundo con ese nombre (Zambrano 1 1961, 273). A partir de entonces tuvieron una base firme en náhuatl y otomí. Avanzaron luego hacia la región de los chichimecas en 1589 y al siguiente año fundaron una misión en San Luis de la Paz en lo que ahora es el oriente del estado de Guanajuato (Zambrano 1 1961, 273).

Con estos antecedentes podemos ubicar mejor el trabajo de los primeros *nahuatlahtohqueh* entre los jesuitas en la Nueva España.

La relación entre Tovar y Rincón

Existen sólidas bases para suponer que hubo una estrecha y activa relación en lo tocante al náhuatl entre Tovar y Rincón, los mejores *nahuatlahtohqueh* en la Compañía de Jesús durante el último cuarto del siglo dieciséis.

Juan de Tovar (c1541-1626) pasó sus primeros años en Tetzco. Su padre, uno de los conquistadores, era encomendero de Tequecistlan en la jurisdicción de Teotihuacan (Gerhard 1972, 1986, 282). Después, Tovar pasó a la ciudad de México para continuar su educación. Cuando llegó Martín Enríquez de Almansa a la ciudad en 1568 le pidió a Tovar que escribiera una historia acerca de los antiguos mexicanos. Sin duda, su conocimiento del náhuatl fue una razón para la elección y la otra fue, probablemente, su nexa con el clero de la catedral, de la cual pronto formaría parte, ya que en 1570 fue ordenado sacerdote. Cuando llegaron los jesuitas a la ciudad, era ya prebendado y secretario en la catedral (Alegre 1 1767, 1956, 136; Zambrano 14 1975, 234; Warren 1973, 74).

Por lo que toca a Antonio del Rincón (1555-1601) poco es lo que se conoce. Se sabe que también nació en Tetzco. Andrés Pérez de Rivas (1576-1655), el tercer cronista y por un trienio padre provincial de los jesuitas, menciona que Rincón se inclinaba a la literatura, y que había concluido sus estudios en las artes y en la teología (Pérez de Rivas 1 1655, 1896, 130).

Tan pronto como los jesuitas abrieron su noviciado entraron en contacto con ellos Tovar y Rincón y tuvieron así muchas oportunidades para utilizar la lengua nativa. Uno puede sacar pocas conclusiones definitivas acerca de los temas que se trataban pero cabe suponer que se fomentaba el uso de los idiomas indígenas entre los novicios como medio didáctico.

Sea como fuere, hacia 1578, Tovar completó la historia que el virrey le había solicitado, y el provisor general de la catedral, Esteban de Portillo, llevó el manuscrito a España donde se perdió y nunca mandó la copia que había prometido. Por 1587 Tovar escribió otra versión, usando el material de un pariente suyo, el dominico Diego de Durán (c1537-1588). Este documento se conoce hoy como *Códice Ramírez*.

Siete años después de que Tovar y Rincón entraron a la Compañía, Tovar fue a Tepetzotlán para ser maestro de mexicano y Rincón a Puebla para ayudar allí en la fundación del colegio. Tovar y Rincón profesaron en México en 1590 y 1592 respectivamente (Zambrano 14 1975, 268). Este último fue uno de los vicerrectores del Colegio de San Ildefonso en esos años (Zambrano 12 1973, 496, 500).

En 1591 Tovar estuvo en Puebla pero no se quedó mucho tiempo porque se le requirió nuevamente en México. Es posible que en esa ocasión fuera para discutir algo con relación a la *Gramática* de Rincón que fue publicada en 1595 gracias a la autorización del quinto general, de la Compañía Claudio Aquaviva, en 1593 (Zambrano 12, 1973, 503; García Icazbalceta 1886, 1981, 419).

En aquella ocasión Tovar dio su veredicto al respecto y Juan de Cervantes (1545-1614) escribe que: 'por mi mandado la vio y examinó el P. Iuán de Touar de la dicha compañía, persona muy experta en las dichas lenguas y certifica ser muy vtil y necessaria para los ministros de los sacramentos a los naturales' (Cervantes 1595, 1888, 228).

También Tovar dio su parecer para la publicación de varios libros en náhuatl como la segunda edición de la *Gramática* de Molina en 1576, para la tercera de la *Doctrina Christiana* del mismo autor en 1578 y para los *Huehuetlahtolli* de Juan Bautista en 1600 (Rincón 1595, 1888, 228; Baptista 1600, 1988, 10psn; Molina 1571, 1886, 130; García Icazbalceta 1886, 1981, 275, 286, 419, 469).

Por otra parte Rincón sólo autorizó la publicación del *Confesionario* de Bautista que se imprimió en 1598 (Zambrano 12 1973, 505; García Icazbalceta 1886, 1981, 434).

Es probable que a partir de 1592 sólo se vieran Tovar y Rincón cada trienio en las congregaciones provinciales (Zambrano 12, 1973, 500; 14, 1975, 268). Desafortunadamente este último tuvo una embolia, aparentemente en 1595, que dejó la parte izquierda de su cuerpo paralizado. Se comenta que no podía decir misa porque sólo alcanzaba a levantar un brazo. A pesar de esta limitación continuó predicando y visitando las misiones en la región de Puebla hasta 1601. En ese año,

estando en Tepexoxoma, al sudoeste de Puebla, falleció (Zambrano 12, 1973, 500-502, 505-506).

Tovar fue de 1606 en adelante rector del Colegio de San Gregorio de los indios. Hacia 1620 perdió la vista y su salud fue precaria. En 1626 murió en el Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo en la ciudad de México (Zambrano 14, 1975, 268, 298).

No puede haber duda con respecto a la constante relación entre estos dos muy importantes *nahuatlahtohqueh*, por lo menos desde 1573, cuando ambos ingresaron a la Compañía de Jesús y posiblemente antes de eso, ya que ambos nacieron en la región de Tetzcoaco. Ambos estuvieron en contacto y deben haber intercambiado impresiones sobre el mexicano. Por su origen mestizo, ambos eran completamente bilingües —náhuatl y español— y además conocían el latín. También en algunas fuentes se dice que Tovar aprendió otomí y mazahua (Zambrano 14, 1975, 236).

Ahora bien, ni Rincón ni Molina siguieron la *Gramática* de Olmos y esto se pone de manifiesto en la organización de sus obras. Por lo menos en el caso de Rincón hay que recordar que fue renombrado maestro de latín y se valió de la organización de la gramática nebricense tanto para enseñar a sus alumnos del latín como para planear su gramática del náhuatl.

Aún durante su vida ambos jesuitas fueron considerados excelentes hablantes por sus contemporáneos. Tovar, a menudo era llamado el “Cicerón mexicano” o *teotlahtolli* (*teotlactoli*), palabras divinas o ilustres (Beristáin 1816, 1883, 180), y fue él quien

compuso un Catecismo y otros Diálogos en lengua mexicana, con tanta elegancia, que incitó, no sólo a los nobles Mexicanos, mas también a los más viles macehuales a que los aprendiesen (Zambrano 14, 1975, 235; semejante en Villerías 1602, 1945, 22).

Pérez de Rivas escribiendo acerca del celo y trabajo sin descanso entre sus muchos quehaceres de Rincón, dice que hasta encontraba tiempo para predicar: “a los indios, así sanos como enfermos, que de todas partes le buscaban movidos de sus pláticas y sermones” (Pérez de Rivas 1, 1655, 1896, 121).

Ellos fueron los mejores *nahuatlahtohqueh* en la Compañía de Jesús hacia finales del siglo dieciséis. La noticia de sus habilidades llegó a Roma, ya que el padre general Aquaviva, al dar instrucciones al visitador Diego de Avellaneda en 1590, dice que:

Debe V. R. instar mucho de que haya gran celo y fervor, así en aprender las lenguas, como en las misiones y tanto de indios, y sería bien que V. R. se informase de lo que podrá ayudar para ello, de los Padres Antonio Rincón, Hernán Gómez y Juan de Tovar (Zambrano 12, 1973, 499).

De este importante grupo de hablantes de idiomas indígenas, los que sobrevivieron hasta la llegada de Carochi a México en 1605 fueron Tovar y Gómez.

Horacio Carochi en la Compañía de Jesús

El florentino Horacio Carochi (1579-1662) entró en la Compañía de Jesús en la provincia romana en octubre de 1601. Terminó el noviciado y en 1605 pasó a la provincia de México en la Nueva España, donde fue ordenado sacerdote al terminar sus estudios en 1609. Después partió a Tepetzotlán y de allí a la misión de San Luis de la Paz por poco tiempo (Zambrano 4, 1965, 654-655). Posteriormente participó en diversos trabajos administrativos que no fueron de su agrado.

Existe poca información acerca de él durante sus primeros años como jesuita y menos antes de eso. Es probable que en los archivos jesuitas en Roma se puedan encontrar algunos datos más precisos. En cualquier caso, es verosímil que estuvo en la ciudad de México durante sus primeros años en la Nueva España para terminar su educación y, al parecer, aprender el náhuatl y el otomí. En esta estancia en México, debe de haber conocido a Tovar quien era rector del colegio de San Gregorio. No hay datos específicos para esto hasta su traslado a Tepetzotlán en 1609, donde había una escuela de lenguas indígenas a la que se incorporó a fin de continuar sus estudios del náhuatl y otomí.

Al parecer, Carochi conoció el náhuatl por su estancia en México, donde también aprendió el otomí que cultivó más asiduamente en San Luis de la Paz ya que allí moraba el más importante hablante de otomí que tenían los jesuitas en ese momento, Hernán Gómez, y que en ese año regresó a México donde falleció al siguiente (Zambrano 4, 1965, 655; 7, 1967, 268).

Hay documentos que ubican a Carochi en Tepetzotlán desde 1610 hasta 1617 cuando hizo su profesión religiosa o "cuarto voto" (Zambrano 4, 1965, 655). Sin duda en este tiempo trabajaba empleando el

náhuatl y el otomí y quizá ya era maestro de alguno o de ambos idiomas en el colegio.

De 1624 a 1634 hay correspondencia entre el general y el provincial de la orden acerca del trabajo que realizaba Carochi con la ayuda que le brindaba un hablante del idioma otomí en Tepotzotlán (Zambrano 4, 1965, 655-656). Sus manuscritos —*Arte y Diccionario*— nunca fueron publicados, pero se supone que están en la Biblioteca Nacional de México; sin embargo, aun no han sido localizados. (DPHBGM 1, 1964, 1986, Zambrano 4, 1965, 667).

Por lo menos desde 1631, si no antes, Carochi fue rector del Colegio de Tepotzotlán donde permanece hasta 1638 (Zambrano 4, 1965, 655, 7, 1967, 268). En ese año el padre provincial le asignó el puesto de secretario particular. Resultó claro que a Carochi no le agradó el tener que dejar Tepotzotlán y trató de convencer a sus superiores de permitirle continuar con sus investigaciones allá. Sin embargo, el sexto general, Mucio Vitelleschi, insistió que debía obedecer al provincial que lo había elegido, Luis de Bonifaz (1578-1644) y después al recién nombrado Pérez de Rivas (Zambrano 4, 1965, 465).

Varios años estuvo Carochi en México de secretario, luego como rector del Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo y como prepósito de Casa Profesa. Fue en este tiempo cuando tuvo correspondencia con el obispo de Puebla, Juan de Palafox y Mendoza (1600-1659), con relación a los problemas entre la Compañía y el prelado. Finalmente en 1655 regresó a Tepotzotlán como rector y moró allí hasta su fallecimiento en julio de 1662 (Zambrano 4, 1965, 657-661).

La relación entre los principales jesuitas hablantes de náhuatl al principio del siglo diecisiete

Resulta interesante la interacción que existió entre algunos religiosos nahuahablantes en la Compañía de Jesús. Se puede rastrear, por ejemplo, la relación entre Tovar y Rincón y entre Tovar y Carochi, así como este último y un hijo del historiador, Bartolomé Alva Ixtlilxóchil (c1600-c1670).

La mayoría de los autores reiteran la opinión de Francisco de Florencia (1620-1695), el cuarto cronista de los jesuitas en la Nueva España, acerca de la relación entre:

el Hermano Antonio del Rincón natural de Texcuco, y descendiente de los Reyes del, igual en la pericia de la lengua Mexicana al Padre

Tobar, y el primero, que compuso Arte della, que fue por donde le aprendieron los que hasta el año de 1647. La estudiaron en todo este Reyno. Y digo hasta este año, porque en el imprimió otro arte más copioso el Padre Oracio Carochi discípulo suyo, por la qual le han estudiado después acá los q[ue] se han aplicado a aprender esta lengua (Florencia 1694, 144).

Sin embargo, nadie abundó en los hechos y así siglo tras siglo viene repitiéndose la misma información. En el siglo dieciocho Juan José de Eguiara y Eguren cita a Florencia y en el diecinueve Mariano Beristáin de Souza alude a Eguiara y así sucesivamente (Eguiara 1, 1755, 1986, 266; Eguiara 3, 1755, 1986, 483; Beristáin 1, 1816, 1980, 275). La gramática de Rincón tuvo una notable influencia sobre Carochi, la de 1645 es sólo una versión enriquecida de la publicada en 1595, pero Rincón no pudo transmitir sus enseñanzas a Carochi, ya que falleció durante el año que el florentino entró a la Compañía en Italia. Por lo tanto, si Rincón no fue el maestro de náhuatl de Carochi ¿quién lo fue? Es probable que Tovar fungiera como su principal guía. Se desconoce el número exacto de los jesuitas que hablaban mexicano en ese momento, pero como punto de partida, se podría investigar la lista de hablantes de idiomas indígenas de 1596 (Alegre 1, 1767, 1956, 575-579). Las cartas *annuas* y relaciones de las congregaciones provinciales también son importantes fuentes para conocer los puestos y paraderos de los diversos padres. En suma, ¿quién era el maestro de náhuatl en Tepotzotlán al salir Tovar? No se sabe con certeza pero, al parecer el hablante más importante de náhuatl después del fallecimiento de Rincón fue Tovar y más tarde Carochi.

Aquí, y a manera de hipótesis, se supone que Tovar fue el maestro de Carochi en la ciudad de México donde terminó sus estudios. Pero hay otra razón que apoya esta idea. Se dice que Carochi también sabía otomí y mazahua y al parecer estos idiomas deben haberse transmitido de Hernán Gómez a Tovar y de él a su vez a Carochi. No obstante, esta relación necesita un estudio más profundo que apenas se ha esbozado en este trabajo.

Ahora bien, los contactos, fueron menores entre Carochi y Gómez; sin embargo, es importante destacar que ambos fueron expertos en otomí y se supone que ambos escribieron un arte y un diccionario del idioma.

En la década de 1610 quizá Tovar y Carochi se vieron poco, ya que el primero estaba en México y el segundo en Tepotzotlán. A pesar

de eso era probable la relación, ya que la distancia entre dichos lugares es de sólo cuatro leguas (22.3 km). Por lo menos en algún momento estuvieron en estrecho contacto, ya que poco después de morir Tovar, cuando se está planeando el desagüe de la cuenca de México, Carochi hace mención de una salida natural del agua por Pantitlán, dato que dice haber tomado de Tovar y además que estaba presente en un manuscrito, de Cristóbal del Castillo (1526-1606), otro importante *nahuatl*. Se puede sospechar, además, que ese documento lo había proporcionado Tovar, a Carochi.

Esto parecería ser un rasgo típico de Tovar, el adquirir información acerca de las antiguas culturas para su uso o el de otros historiadores como fue el caso de José de Acosta (O'Gorman 1940, 1979, 1xxv . . . ; Zambrano 4, 1965, 655; Warren 1973, 81). Lo que es más importante es que esto comprueba que en algún momento Tovar y Carochi participaron en largas pláticas. Uno puede imaginarse a los dos jesuitas, vestidos de negro, tomando chocolate y platicando animadamente en mexicano.

Hubo otro importante hablante de mexicano, Bartolomé de Alva Ixtlilxóchitl, tercer hijo del famoso historiador, que también trabajó amistad con Carochi. Puede haber sido el nexo entre ellos una causa de la reticencia en Carochi al tener que dejar Tepetzotlán en 1638 para dedicarse a puestos administrativos en la ciudad. Por lo menos desde 1634 Ixtlilxóchitl moraba en Chiapa de Mota (DPHBGM 1, 1964, 1986, 112), un pueblo en las montañas al poniente de Tepetzotlán y aún estaría allí quizá hasta 1641.

Al igual que con Tovar no puede haber duda acerca de la amistad entre ellos. Uno de los manuscritos de Ixtlilxóchitl —una traducción al mexicano de clásicos del castellano— está dedicado a Carochi en 1641 (Zambrano 4, 1965, 656-657). Varios años después Ixtlilxóchitl daría su opinión acerca de la gramática de Carochi y él

lleva la admiración a su alabanza, pues a alcanzando el Auctor en la lengua Mexicana, y Otomita, a fatigas de estudio el poder con magisterio declarar lo que los mismos naturales, aunque lo llegan a entender, con dificultad lo aciertan a decir (Alva Ixtlilxóchitl 1645, 1983, f.6v numeración inicial).

Entre estos dos amigos de Carochi —Tovar e Ixtlilxóchitl— se puede buscar una posible ruta para el *Manuscrito Bancroft* cuyo origen ubican Frances Karttunen y James Lockhart en Tetzoco (Karttunen

y Lockhart 1987, 7) y que, al parecer, un hablante nativo anotó para Carochi. Ambos fueron amigos cercanos del florentino, y por lo menos uno, Tovar, es conocido como transmisor de mucha información entre las órdenes —del dominico Durán al jesuita Acosta, del mestizo del Castillo a Carochi— y quién sabe de cuantos más.

Este estudio se considera sólo como un primer acercamiento a la relación entre los autores de algunos de los primeros escritos en náhuatl. Se cree que los jesuitas reunieron un equipo excepcional de nahuahablantes —como lo hicieron los franciscanos antes que ellos— pero la relación tuvo más éxito quizá por tener que enseñar el idioma formalmente a los novicios y padres recién llegados. Los franciscanos no tuvieron un colegio específico para la enseñanza de idiomas indígenas a los recién llegados sacerdotes peninsulares y a los novicios, aunque deben haber tenido algún sistema para esto en San Francisco el Grande. Sin embargo, no se ha localizado información específica acerca de ello.

Aún hay muchísimos documentos que consultar para llegar a conclusiones definitivas. Muchos factores del medio en que vivieron no se comprenden bien y además sólo se ha hecho hincapié en uno de ellos, la demografía.

Se cree que la relación entre ilustres hablantes de mexicano con hablantes nativos fue muy importante para el éxito de las obras de estos *nahuatlahtohqueh*.

BIBLIOGRAFÍA

- ACOSTA, José de, *Historia natural y moral de las indias*, edición y estudio preliminar de Edmundo O'Gorman, México, Fondo de Cultura Económico, 1979.
- ALEGRE, FRANCISCO JAVIER, *Historia de la Provincia de la Compañía de Jesús de Nueva España, años 1566-1756*, 4 v., Roma, Institutum Historicum S J, 1956-1960.
- ALVA IXTLILXÓCHITL, Bartolomé, véase Ixtlilxóchitl.
- BAPTISTA, Juan, *Confesionario en mexicano*, Tlatelolco, 1599.
- Huehuetlahtolli*, México, Comisión Nacional Cosmemorativa del V Centenario del Encuentro de Dos Mundos, 1988.
- BENAVENTE, Toribio de, véase Motolinía.
- BERISTÁIN DE SOUZA, José Mariano, *Biblioteca Hispanoamericana Septentrional*, 3 v., México, UNAM, 1980-1981.

- BORAH, Woodrow and Sherburne F. Cook, *The Aboriginal Population of Central México on the Eve of the Spanish Conquest*, Berkeley, University of California Press, 1963.
- BURRUS, Ernest J., "Religious Chronicles and Historians: A Summary with Annotated Bibliography", *Handbook of Middle American Indians*, Austin, University of Texas Press, 1973, v 13.
- CAROCHI, Horacio, *Arte de la Lengua Mexicana con la declaración de los adverbios della*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas e Instituto de Investigaciones Filológicas, 1983.
- CERVANTES, Juan de, "Licencia del Governador", *Arte Mexicana compuesta por el padre Antonio del Rincón*, México, Museo Nacional, 1888.
- Códice florentino*, 3v., México, Archivo General de la Nación.
- COOK, Sherburne F. and Woodrow Borah, *The indian population of Central México 1531-1610*, Berkeley, University of California Press, 1960.
- CORTÉS, Hernán, *Cartas de relación*, México, Porrúa, 1960.
- DÍAZ DEL CASTILLO, Bernal, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, México, Porrúa, 1960.
- Diccionario Porrúa de historia, biografía y geografía de México*, 3v., (DPHBGM), México, Porrúa, 1986.
- EGUIARA Y EGUREN, Juan José de, *Bibliothecae mexicanae*, México, UNAM, Coordinación de Humanidades, 1986, v 1.
- ELTON, G. R., *La Europa de la reforma 1517-1559*, México, siglo XXI, 1979.
- FLORENCIA, Francisco de, *Historia de la Provincia de la Compañía de Jesús de Nueva España*, México, Ivan Joseph Gvillena Carrascoso, 1694.
- GARCÍA ICAZBALCETA, Joaquín, *Bibliografía mexicana del siglo XVI*, México, Fondo de Cultura Económica, 1981.
- GERHARD, Peter, *Geografía Histórica de la Nueva España 1519-1821*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas e Instituto de Geografía, 1986.
- GONZÁLEZ DE COSSÍO, Francisco, *Relación breve de la venida de los de la Compañía de Jesús a la Nueva España, año de 1602*, manuscrito de Gaspar de Villerías, México, Imprenta Universitaria, 1945.
- GUTIÉRREZ CASILLAS, José, véase Zambrano.

- HEATH, Shirley Brice, *La política del lenguaje en México, de la colonia a la nación*, México, Instituto Nacional Indigenista, 1986.
- HERNÁNDEZ DE LEÓN-PORTILLA, Ascensión, *Tepuztlahcuilolli - Impresos en náhuatl*, 2 v., México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas e Instituto de Investigaciones Filológicas, 1988.
- IXTLILXÓCHITL, Bartolomé de Alva, 1641, *Tres comedias de Lope de Vega a mexicano*, manuscrito c1641 (dedicado a Horacio Carochi).
- KARTTUNEN, Frances and James Lockhart, *The Art of Nahuatl Speech. The Bancroft Dialogues*, Los Angeles, University of California, Latin American Center Publications, 1987.
- KOBAYASHI, José María, *La educación como conquista (empresa franciscana en México)*, México, El Colegio de México, 1985.
- MARTÍNEZ, José Luis, *Documentos cortesianos*, México, UNAM, Fondo de Cultura Económica, 1990, v I.
- MENDIETA, Gerónimo de, *Historia Eclesiástica Indiana*, México, Porrúa, 1980.
- MOLINA, Alonso de, *Arte de la lengua mexicana y castellana*, México, Museo Nacional, imprenta de Ignacio Escalante, 1886.
- MOLINA, Alonso de, *Vocabulario en lengua castellana y mexicana y mexicana y castellana*, estudio preliminar de Miguel León-Portilla, México, Porrúa, 1970.
- MOTOLINÍA, Toribio de Benavente, *Historia de los indios de la Nueva España*, edición y estudio preliminar de Edmundo O'Gorman, México, Porrúa, 1979.
- NEBRIJA, Elio Antonio, *Institutione Grammaticae, libri quinque, Parisiis, Ex Domo Rosa, Mexici, Prostant apud Marianum Galvan, 1840.*
- OLMOS, Andrés de, *Arte para aprender la lengua mexicana compuesto por Fr. Andres de Olmos guardian del monasterio de Sant Andres de Sant Francisco en la Nueva España*, México, Museo Nacional, 1885.
- PÉREZ DE RIVAS, Andrés, *Coronica y historia religiosa de la Provincia de la Compañía de Jesús de México en Nueva España*, México, 1896.
- RICARD, Robert, *La conquista espiritual de México. Ensayo sobre el apostolado y los misioneros de las órdenes mendicantes en la Nueva España de 1523-24 a 1572*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986.
- RINCÓN, Antonio del, *Arte Mexicana compuesta por el padre Antonio del Rincón De la Compañía de Iesus*, México, Museo Nacional, 1888.

- SANDERS, William T., Jeffrey R. Parsons and Robert Santley, *The Basin of Mexico. Ecological Processes in the Evolution of a Civilization*, New York, Academic Press, 1979.
- WARREN, J. Benedict, "An Introductory Survey of Secular Writings in the European Tradition on Colonial Middle América, 1503-1818", *Handbook of Middle American Indians*, Austin, University of Texas Press, 1973.
- ZAMBRANO, Francisco, *Diccionario Bio-Bibliográfico de la Compañía de Jesús en México*, México, Jus.

